

gran analogía entre ambas religiones en cuanto son completamente una y otra monoteístas, sin santos ni imágenes, al revés de los cristianos. Pagando la insignificante capitación que los moros exigían de todos los infieles, quedaban los judíos como tales libres de toda otra contribución. Estando las cosas así, era inevitable que los judíos de España hicieran tristes comparaciones entre su estado aflitivo y angustioso y el de sus hermanos en África; para ellos, amenazados continuamente en su libertad, honor, convicción y conciencia, en su vida y propiedad, era el país visigodo solo un presidio perpetuo sin ser ellos culpables. En tales circunstancias es posible y aun presumible, aunque faltan pruebas de la exactitud de esta presunción, que los judíos españoles conspirasen con los del África ó con las autoridades moras para provocar un levantamiento apoyado por judíos ó moros ó por ambos á la vez, para lograr un alivio en su triste situación. Se cogieron cartas escritas en este sentido que fueron la señal de un recrudecimiento insoportable de la persecución. Egica les había concedido algun alivio, como por ejemplo permitiéndoles tener esclavos cristianos y otras facilidades por el estilo; pero al descubrirse la conspiración, se dieron las disposiciones necesarias para acabar para siempre con los judíos en el término de una generación obligándolos á hacerse cristianos ó esclavos. El concilio decretó que se repartiesen todos los judíos adultos entre los cristianos en calidad de esclavos, confiscando sus bienes; los hijos mayores de seis años debían ser separados de sus padres para ser educados en la religión cristiana y casados á su tiempo con cristianos. Este fué el último furor del gobierno teocrático, que no pudo concluir el experimento y probar la posibilidad de realizar semejante proyecto.

Los últimos datos comprobados respecto de los concilios del reino visigodo en España son las tareas de este concilio decimoséptimo; de los que se reunieron en los 17 años posteriores solo se tienen noticias fragmentarias, enredadas en un denso tejido de fábulas, leyendas, poesías literarias, telarañas de eruditas vaciedades y falsificaciones intencionadas.

Egica murió en Toledo en 15 de noviembre del año 701, después de haber logrado hacer reconocer como sucesor suyo en el trono á su hijo Witiza ya co-regente, que gobernaba la Galicia y residía en Tuy, para vigilar á los suevos, siempre dispuestos á rebelarse. Fué este Witiza, el penúltimo rey de los visigodos: las noticias que tenemos sobre él, son de una época posterior á la suya y además de escasas, contradictorias, porque las actas del concilio décimo-octavo convocado por él en Toledo, y que mejor que nada nos podrían ilustrar sobre su reinado, fueron destruidas por el clero vencedor. Lo que en general resulta mas verosímil es lo siguiente: Witiza era tan amado del pueblo bajo, como odiado del alto clero; hizo cuanto pudo por sacudir el yugo teocrático que pesaba sobre el reino; pero se enemistó con las casas mas poderosas de la nobleza, porque no estaba exento de la inmoralidad general que desde dos generaciones antes, á pesar de la grande influencia de la Iglesia sobre el Estado y de la dominación del clero sobre el pueblo, se había extendido y tomado espantosas proporciones. Witiza, según la tradición, se entregó á la disolución sin perdonar á las mujeres é hijas de las grandes familias, y contra las rebeliones de los nobles echó mano de nuevas leyes ó dió mayor fuerza á las anteriores. Habla sin embargo en favor del rey el hecho de que los antiguos documentos mas próximos á su tiempo y mas dignos de crédito nada dicen acerca de las terribles acusaciones lanzadas contra él en tiempos posteriores, y en cambio refieren que dió muchos indultos, revocó muchas sentencias y multas injustamente impuestas por sus antecesores é hizo amable su gobierno en todo el país.

Las primeras acusaciones aparecen un siglo después en una crónica extranjera, muy distante del teatro de la acción y escrita por el año 818. Es la crónica de Moissac, en la cual se dice que Witiza había dado con su lascivia un mal ejemplo á seglares y eclesiásticos, que por cierto eran entonces bastante viciosos para poder dar por sí mal ejemplo á los otros, conforme patentizan las actas y resoluciones de los concilios. A contar desde esta crónica, se aumentan las acusaciones, cada vez mas negras á medida que se aproximan los autores á nuestro tiempo y se alejan de la época de los sucesos; y por esto mismo cuanto mas recientes son, menos merecen (1) Sucede á la de Moissac, la crónica de Albaida que corresponde poco mas ó menos al año 833; luego viene la del rey Alfonso que murió en 912; la de Lucas de Tuy, que falleció en 1250. El arzobispo Rodrigo Jimenez, cuya muerte acaeció en 1247, trata de conciliar los datos contradictorios respecto de este rey suponiéndolo bueno y virtuoso al principio de su gobierno y diciendo que se pervirtió después. Esto en cuanto á la concupiscencia del rey; pero además le atribuyen la desorganización de la disciplina eclesiástica, la abolición del celibato de los clérigos, la persecución de la parte no corrompida del clero con el apoyo y cooperación del arzobispo Sindredo de Toledo; la separación de la Iglesia española de Roma con amenaza de entrar en la ciudad del papa en son de conquista; amenaza á todas luces irracional é imposible; la equiparación completa de los judíos con los cristianos y llamamiento de los emigrados, la prohibición de llevar armas, la demolición de las murallas de todas las ciudades del reino á excepción de Toledo, Leon y Astorga; todas inculpaciones gratuitas y calculadas expresamente para explicar un tanto la rapidísima conquista del país por los moros, tan vergonzosa para el orgullo nacional español cuando el pabellón de Castilla volvió á ondear victorioso en muchas provincias; y finalmente la persecución de la nobleza, y muy particularmente de la familia de Chindasvinto, así como del famoso héroe Pelayo, celebrado en infinitas leyendas como salvador del cristianismo en España y de la nobleza visigoda, retirados y acorralados uno y otra en las montañas de Asturias. Witiza murió de muerte natural en pacífica posesión del poder, en febrero de 710, y las noticias contrarias son invenciones de época posterior.

El último rey visigodo, sucesor del anterior, fué Rodrigo, del cual no se sabe de auténtico mas que el nombre; todo lo demás es leyenda. Los únicos documentos fidedignos que le citan son los manuscritos del código visigodo que mencionan su nombre en la lista de los reyes. Las monedas que se le atribuyen son falsificaciones, como también el epitafio que se dice encontrado en Viseu, en Portugal. Hacia al fin de la Edad media era moda inventar genealogías é innumerables fábulas las mas monstruosas, combinadas después sin sombra de crítica, pero con una erudición pueril sin base ninguna para halagar el orgullo nacional y probar que España y no Francia había sido la primera monarquía cristiana. Así tenemos que se hicieron descender los reyes del siglo XVII no solo de Pelayo y de Chindasvinto, sino hasta de Teudis, Teodorico y del emperador Teodosio; y tan grande era el furor de genealogías que leyendo *acosta* por *á causa*, hicieron los eruditos en seguida un rey Acosta que colocaron entre Vitiza y Rodrigo, y no contentos con esto le dieron hasta esposa é hijos!

(1) Nuestros escritores modernos Mayans, Masdeu y Lafuente eximen con razón á Witiza de la mayor parte de los crímenes que se le atribuyen, conviniendo solo en el vicio de la lascivia, por lo demás muy comun en aquella y en otras épocas.

(N. del T.)

Todo lo que se refiere al rey Rodrigo se halla entretendido y enmarañado en las mas galanas leyendas, fábulas y poesías hispano-cristianas y moriscas, las cuales con su fresco y natural aroma se distinguen de los laboriosos partos de empolvados pseudo-eruditos, forjadores de genealogías, como las frescas flores de la selva se distinguen de las coronas de flores de papel salpicadas de vidrio volador y de oropel.

Las leyendas vienen en resumen á decir que don Rodrigo hijo del valiente duque Teodofredo, nieto ó hijo de Chindasvinto y cegado por orden de Vitiza, se apoderó del trono después de la muerte de este. Entonces se aliaron los hijos de Witiza, injustamente excluidos del trono, con el conde Julian, gobernador de las posesiones visigodas de África que meditaba vengarse del rey por haber este seducido á su bella hija Florinda, ó la Cava, y juntos llamaron en secreto á los árabes en su auxilio; y cuando se da la batalla decisiva en la cual se presenta el rey en un carro tirado por ocho caballos blancos, los traidores, con las tropas de su mando que formaban el ala derecha, se pasan al enemigo y concluyen para siempre reino y rey visigodos. No se volvió á ver á don Rodrigo; entre los juncos del río se encontraron sus zapatos, pero nada mas.

Esto dicen los romances; la historia exacta solo puede hacer constar que el reino godó estaba hacia tiempo maduro para caer cuando el islamismo en su carrera victoriosa y lleno de entusiasmo juvenil, apareció en frente de Europa. Un ligero salto le bastó para pasar á España.

El reino visigodo había concluido su evolución y el pueblo había llegado á ser ó indisciplinado séquito ó esclavo sumiso de la aristocracia civil y eclesiástica, sin entender ni tener interés en el Estado, cuya historia se desarrolla únicamente en los concilios y en el palacio de Toledo, donde esta doble aristocracia estaba representada. Desde largo tiempo las masas estaban acostumbradas á ser dirigidas por el clero y los nobles y habían olvidado su antigua intervención en los asuntos públicos.

El pueblo entero, y mucho mas las clases gobernantes, en su fuerza nacional, moral y guerrera (Wamba ya había tenido que imponer el valor á palos) estaban enervados por la dominación clerical, divididos por las luchas de la nobleza entre sí y contra el trono y corrompidos por la mezcla con los degenerados romanos. Parece en efecto que los vicios sociales habían tomado grande extensión, y casi todos los autores contemporáneos de la caída del reino miran esta catástrofe como castigo de la disolución que lo había invadido todo. Las leyendas presentan á Witiza y Rodrigo como tipos de los fatales extravíos de la nación entera, á los cuales se unían la depravación de costumbres y los odios de partido, y esta es precisamente la importancia histórica de tales tradiciones. En este sentido es característica la queja de Isidoro, que aun reparando raras veces en los sucesos que pasaban á su vista, todavía echa de ver el lujo excesivo de las mujeres.

No entra en el cuadro de esta obra la descripción de la conquista de España por los moros; para nuestro objeto basta señalar como causa de su rapidísima extensión después de la única batalla campal cerca de Jerez de la Frontera á orillas del Guadalete, la insignificante fuerza de resistencia del reino y pueblo visigodos. Con el rey desaparecen el reino y el resto de su pueblo. Así no se pudo nombrar sucesor, y en poquitos días los moros echándose como impetuoso é irresistible huracán en dirección del Sudoeste al Nordeste abrevaron sus corceles sucesivamente en las aguas del Guadalquivir, del Guadiana y del Tajo, tomando en breve una tras otra las ciudades fortificadas de Sidonia, Ecija, Córdoba, Málaga y Granada. La famosa capital y

sólido baluarte del reino visigodo, Toledo, no ofreció resistencia alguna y abrió voluntariamente sus puertas al vencedor, y á los pocos instantes ondeó en las almenas del antiguo palacio real el verde estandarte del profeta.

En la desgracia regeneróse el pueblo español visigodo y romano, y cuando su desesperación había llegado al último término en medio de toda clase de privaciones y peligros de continuas luchas en ásperas y nevadas sierras, emprendió la segunda guerra de raza á raza de las tres que han ensangrentado la península, la de los romanos, la de los moros y la de los franceses. Esta guerra de exterminio entre dos razas y entre dos religiones, dió lugar á un nuevo reino y produjo una nueva nobleza, tan caballerosa como valiente, que unida al pueblo y después de siete siglos de lucha, obligó á la media luna á salir de la península para siempre. El nuevo Estado de este nuevo pueblo, no ya visigodo, sino español, fué un Estado feudal.

CAPITULO IV

HISTORIA INTERIOR DEL PUEBLO VISIGODO HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE SU REINO GALO-HISPANO

I. — Organización social

Lo poco que sabemos respecto de la organización social de los visigodos hasta el siglo V corresponde en un todo á la de otros pueblos germánicos y en especial á los de la rama goda (1).

Formaban el pueblo visigodo una multitud de grupos de familias (*pagi*) asociadas que tenían á sus jefes nobles, condes ó reyes (*reguli*). Hasta Alarico I no hubo jefe único, general y reconocido como tal de todas las agrupaciones ó tribus. Ermanarico, el conquistador ostrogodo, reunió bajo su mando superior, pero de un modo muy elástico, las tribus visigodas mas próximas á las suyas; pero este lazo de unión, mas que otra cosa era una especie de compromiso de auxiliarse mutuamente en las expediciones ó contra enemigos exteriores, y no tenía nada de sumisión á un poder central. Así es que ya antes de la invasión de los hunos, los dos jefes de tribu Atanarico y Fridigerno habían tenido guerra entre sí, sirviendo á la política de Roma de dividir á sus enemigos. Atanarico, pagano, fué elegido duque ó jefe comun de las tribus que atacaron al emperador Valente; Fridigerno, cristiano, atacó á Atanarico con el auxilio de tropas romanas; y ambos capitaneaban cierto número de tribus cuando fueron en busca de un nuevo país, arrojados por los hunos del territorio que antes ocupaban. Alarico fué el primero que formó un reino, á lo menos con las tribus que se habían reunido al rededor de su persona, dejándose guiar por él, mientras que otros visigodos, individuos sueltos y colectividades, combatían en las filas romanas sin hacer caso ni de Alarico ni de su gente.

Como en todos los grupos germánicos, había también familias nobles en los visigodos; una de ellas era la de los Baltos (nombre que puede compararse con el moderno inglés *bold*, audaz), á la cual pertenecía Alarico, que la elevó al primer puesto entre las demás haciéndola real; pero no se sabe si recibió el nombre genérico de *batta* por él, ó si ya lo tenía antes. Los demás hombres de cada grupo eran libres (*freis*, *freihals*), tan libres como el rey y los nobles; en cuya señal llevaban toda la cabellera, lo que hizo creer á los bizantinos que formaban una especie de nobleza. Por lo de-

(1) Entre las fuentes históricas las lenguas son las que mas esclarecen este punto.

más, no faltaba ya en aquel período una clase pobre de hombres libres que designan los autores con los nombres de *plebs, humiles, viles*, plebe, humildes, viles, clase dependiente por su pobreza de las familias más arrogantes, como lo prueban también los nombres correspondientes de su idioma. Se comprende, en efecto, que desde que las tribus perdieron su estabilidad y tuvieron que ir vagando de un país al otro, los pobres tuvieran necesariamente que vivir de lo que les daba el rey ó algún campeón distinguido en cambio de sus servicios. Igualmente se ve por el idioma que no faltaban entre ellos verdaderos siervos de ambos sexos y libertos (*frales, skalks, thivi*).

El derecho de hacer la guerra, la paz, las alianzas y convenios con otros reyes y pueblos no era propio del rey, sino del pueblo armado, pero de hecho lo ejercía el rey ó jefe principal cuando las tribus que guiaba se trasladaban á otra tierra; sobre todo cuando se hallaban en territorio romano, ya como ejército confederado ó asalariado por los emperadores, ya combatiendo contra ellos, y no querían ser víctimas de la política imperial que continuamente estaba acechando ocasiones para deshacerse de ellos por cualquier medio. Dividíanse los hombres de armas con sus familias en decenas y centenas; diez de estas formaban un milenio, todos guiados por sus correspondientes jefes elegidos por cada grupo, ó nombrados por el rey; correspondían al rey el mando supremo del ejército y la alta administración de la justicia, y usando de este último derecho fueron castigados los visigodos cristianos que conspiraban con Roma. También nombraba el rey los jefes del ejército y los empleados. Hay pocos y débiles indicios de que se hiciera hereditaria la monarquía, antes bien el principio de la elección, en este período, por el pueblo armado, y después por el consejo del reino, parece haberse conservado y fortalecido para mayor daño del Estado.

II.—Estado de la civilización entre los visigodos

Observaciones generales

No tenemos casi otros datos para formar juicio respecto del estado de civilización de los godos y principalmente de los visigodos y de los llamados *godos menores* (*Gottis minores*) más que los que se derivan de las voces contenidas en la inapreciable traducción de la Biblia en idioma godo hecha en tan remota época por Ulfila.

Antes de su conversión al cristianismo es natural que tuviesen divinidades é ideas religiosas muy análogas á las de las otras ramas germánicas. La obra de Ulfila dice que eran generales los sacrificios de animales en las ceremonias del culto; así lo dejan entrever los vocablos de que se sirve para trasladar al godo las frases griegas que significan «adoración, adorador de Dios.» Llama *usblolein* (efusión de sangre) al culto divino, al adorador *Gutter blutter*, es decir matador de las víctimas (animales) ofrecidas á Dios: al servicio divino le designa con la palabra *blutung*, efusión de sangre; «servir á Dios» es para él «derramar sangre,» como entre los paganos del Norte. Al sacrificio lo llama *sauþs*, esto es el acto de matar y cocer la víctima para el banquete religioso: de aquí le vino al pagano Atanarico el nombre de «sacrificador.» Tampoco era desconocida la costumbre de asar las víctimas: á lo menos Ulfila no se olvida de traducir la palabra griega *holocaustoma* por *ala brunsts*, quema de todo. Por el contrario, los godos desconocían la costumbre oriental de quemar incienso en los altares de los dioses; por eso Ulfila deja sin traducir la voz *aroma*. La víctima era puesta sobre el altar, es decir primitivamente sobre la piedra

del hogar. La palabra gótica *biuds*, mesa, significaba antiguamente el altar en que se adoraba á los dioses.

La figura semítica de Beelzebub no tenía semejante entre los germanos: por eso Ulfila deja también esta palabra sin traducir. Tampoco conocían el *diablo* tal como le pinta el Nuevo Testamento y por lo mismo queda también muchas veces por traducir, y en otros pasajes se traducen las palabras *demonio* y *satanas* por la general de «espíritu maligno,» y «estar poseído del demonio» por tener un espíritu maligno (*Unhulpo*), siendo muy de notar que este vocablo, derivándose ya del griego, tiene un género masculino (ó neutro) y un género femenino: *unhulpo* hace en el femenino *unhulpa*, de suerte que los germanos creían que había espíritus malos hembras.

Otros nombres góticos había para designar seres sobrenaturales, ó semi-divinos, como silfos, gigantes, ángeles, diablos, pero adrede no los debió emplear Ulfila para no confundir con ellos á los godos neófitos cristianos, y evitar que recordaran los nombres de los antiguos dioses. En efecto el cristianismo entre ellos progresó lentamente á pesar de la presión de los emperadores, de la preponderancia de la civilización romana y de la infinita superioridad de la nueva doctrina. Muy posteriormente había todavía entre las tropas godas de la corte imperial un gran partido pagano. También dejó Ulfila sin traducir el ídolo de la riqueza Mammon, ó le traduce cándidamente por *faihu thrain* «multitud de ganado,» esto es plenitud de bienes. En la mitología germánica no existe el fuego del infierno (*gehenna ignis*) y por eso quedó esta frase sin traducir. En cambio corresponden á la idea del «reino de las sombras,» la diosa germánica Hel, Hali ó Halia, sin artículo como en el Norte. También la palabra gótica *mitjungardhs* que significa la Tierra como mansion del hombre es el *minghard*, la gran serpiente que circuye el mundo en la mitología del Norte. Alguna vez se traduce el demonio por la voz *skohls*, lo que no puede traer mal sobre el bosque sagrado (en anglo-sajón *scucca*), es decir no el espíritu del bosque sino el espíritu malo. Quedan sin traducir las palabras especiales judaicas como *sábado, pascua, salmo*, y también *mártir*, que no tenían en gótico palabras correspondientes; otras cuya idea no estaba tampoco en la lengua quedaron tales como estaban en griego porque el traductor por respeto piadoso no se atrevió á variarlas: á esta clase pertenecen las voces *eucaristía, iglesia, obispo, apóstol, pentecostes*, y aunque por otras razones, dejó también sin alteración las de *diácono, herejía y sinagoga*. Los sacerdotes germánicos se llamaban *gudia* (*Godhen* en el antiguo islandés), y el piadoso obispo emplea esta palabra para los sacerdotes judíos, dejando para los cristianos los nombres griegos de presbítero y diácono; y lo mismo hace con la palabra goda *alhs*, templo, y otras como casa de dios (*gud-husa*, etc.) que solo aplica al templo de Jerusalén, mientras que á los templos cristianos les da el nombre griego de iglesia. Las fiestas religiosas de los judíos como la Pascua y la fiesta de los tabernáculos las traduce por la voz *dulths* que designa las grandes asambleas del pueblo que entre los germanos eran á la vez fiestas del culto á causa de los sacrificios y banquetes religiosos.

Una ceremonia religiosa de los germanos consistía en pasear solemnemente por el distrito de la tribu una carreta con uno ó varios ídolos y tirada por animales sagrados. Este acto era uno de los más solemnes, y lo usaban los visigodos como los demás pueblos de raza germánica, conforme vimos hacer á Atanarico, que para defender y conservar la fidelidad á las antiguas divinidades, en vista de la propaganda cristiana, hizo pasear uno de estos carros de aldea en aldea, obligando á los habitantes á ofrecer al ídolo á su paso sa-

crificios y comer de los animales sacrificados en señal de participación en este acto y de su veneración á los dioses.

En la representación de las victorias de Teodosio sobre los godos figura un carro con ídolos tirado por ciervos y éstos guiados por una sacerdotisa goda; y un rey godo á quien venció Aureliano tenía también un carro tirado por ciervos. El rey ejercía funciones sacerdotales en la tribu como el padre de familia en su casa: á él tocaba impedir y castigar la apostasía y apartar del pueblo la cólera y la venganza de los dioses abandonados. De aquí, como acabamos de decir, la procesión dispuesta por Atanarico.

2.—La conversión de los godos. Ulfila y su obra.

El cristianismo fué conocido de los godos como de los germanos occidentales, por medio del imperio romano y de su civilización. No podían menos de tener ya noticia de esta religión en el curso del siglo III, fuese como soldados mercenarios al servicio de Roma, como limítrofes de sus provincias, como prisioneros ó por los prisioneros que hacían, ó en sus correrías por el Asia; atendido que al principio del siglo IV había entre ellos un número suficiente de cristianos bastante organizados para poder enviar al concilio de Nicea á uno de sus obispos indígenas llamado Teófilo, cuyo discípulo, el mártir godo Nicetas, perdió la vida en la persecución de Atanarico. Además los escritores eclesiásticos de aquel tiempo, como Atanasio, Cirilo y otros, hacen mención de godos cristianos. No obstante, la conversión en grande escala no tuvo efecto hasta que Constantino elevó la nueva fe á religión del Estado; y siendo cabalmente este emperador el que hizo aquel pacto con los godos que dió al imperio muchos años de paz por aquel lado, resultó que todos los que trataban de entrar al servicio de Roma ó los que solicitaban el favor imperial, se convertían, para ser bienquistos, á la nueva religión.

En medio de este siglo cae la grande obra de conversión del eminente apóstol de los godos Ulfila. Este maravilloso genio comprendió que una de las armas más eficaces para la propagación del cristianismo había de ser la Biblia y principalmente el Nuevo Testamento, traducido al idioma nacional de los godos (1). ¡Qué trabajo! No se sabe qué admirar más: si el valor y la iniciativa para emprender semejante obra, ó la increíble perseverancia que exigió su conclusión.

Hay que tener presente que la lengua goda hasta entonces solo había tenido dioses paganos y poesías y leyendas heroicas y que faltaban también letras ó caracteres para la traducción. ¿Cómo encontrar palabras y giros en este idioma de reducidas ideas é incompleto vocabulario para la teología israelita del Pentateuco y otros libros del Antiguo Testamento, el misticismo neoplatónico del Verbo, y las doctrinas sutiles sobre la divinidad y humanidad de Jesucristo? Las palabras sencillísimas, consoladoras y amorosas del Salvador desaparecen entre aquella vestidura complicada.

El historiador Bessel fija el nacimiento de Ulfila en el año 311, y el de su muerte en 381; pues se sabe que vivió 70 años y que entre los años 330 y 335 formaba ya parte de una embajada goda enviada á Bizancio; lo cual habría sido difícil si, como otros pretenden, hubiese nacido en 318. Descendía su familia de Sadalgotina cerca de Parnaso en la Capadocia y fué llevada con otros prisioneros hechos por los godos en su excursión por el Asia Menor á su país, donde

(1) El servicio divino de estos godos cristianos se rezaba al principio no en latín ni en griego, sino en gótico.

quizá se mezcló con sangre goda á juzgar por el patronímico. Habiendo Ulfila elegido la carrera eclesiástica, fué durante algún tiempo *lector* arriano y luego en 341 fué consagrado en un concilio ó asamblea arriana en Antioquia por Eusebio de Nicomedia, uno de los jefes más eminentes del arrianismo. Por el año 348 pasó con gran número de cristianos el Danubio para librarse de las persecuciones del fanático pagano Atanarico, y encontró con los suyos un asilo en la Mesia en el distrito de Nicópolis al pie de los Balkanes, donde vivieron bajo el nombre de *godos menores* ó *mesogodos* pacíficamente y dedicados á la agricultura bajo la protección del imperio. Allí trabajó Ulfila 33 años como obispo de este grupo de emigrados; y firmó el año 360 en el sínodo de Constantinopla su confesión *arriana*, cosa que algunos niegan contra toda razón. Murió en esta misma ciudad á donde había vuelto con ocasión de un segundo concilio convocado en 388 con el objeto de poner término á una nueva diferencia. Murió honrado y venerado por el emperador Teodosio y por todo el pueblo romano, y mucho más por su grey á la cual había sacado de su antiguo país y llevado al que habitaba en circunstancias las más difíciles y azarosas con admirable talento que le valió de todos sus contemporáneos el epíteto de «segundo Moisés.» Su discípulo Auxencio, cuyos escritos sobre la vida y obras de Ulfila se han conservado, era obispo de Dorostorum, en Silistria.

Para sucesor de Ulfila pudo ser elegido uno de sus compatriotas, su «escribiente» Selena, cuyo padre era godo y cuya madre procedía de la provincia romana de Frigia. Al lado de estos godos arrianos se desarrollaron también sociedades católicas góticas y para estas iglesias San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla desde el año 397, nombró á Unila «obispo de los godos,» nombre que no debe confundirse con el de Ulfila. A estos godos católicos pertenecían también los celosos comentaristas de la Biblia Sunja y Frithila, que resolvieron apelando al primitivo texto hebraico las contradicciones en que incurrió San Jerónimo al traducir del griego al latín el Antiguo Testamento.

Véanse ahora algunos datos sobre la célebre traducción de la Biblia de Ulfila.

Muchos fragmentos, en su mayor parte del Nuevo Testamento se encuentran ahora diseminados por diferentes bibliotecas de Europa, en Milan, Turin, Wolfenbüttel y Upsal donde se conserva la pieza más magnífica llamada el *Códice de Plata* (Codex argenteus) por tener las tapas de este metal además de estar escrito con letras de oro y plata sobre pergamino color de púrpura. Es probable que esta inestimable joya formase parte del botín que los francos en tiempo de los reyes merovingios se llevaron del país visigodo galo é hispano y también de Italia y que lo regalasen á uno de sus conventos; así como en el año 636 se llevó Childeberto de Narbona veinte tomos de Evangelios, todos adornados de oro y piedras preciosas según dice San Gregorio de Tours en su historia de los francos. Los manuscritos que se hallan ahora en Milan y Wolfenbüttel fueron encontrados en el convento de Bobbio en Italia donde acaso los dejaron los ostrogodos. Nada se sabía del código de plata hasta el año 1563; en 1569 se guardaba en el convento de Werden sobre el Ruhr; á fines del mismo siglo fué llevado á Praga, donde cayó en manos de las tropas suecas poco antes de la paz de Vestfalia en 1648, y los suecos lo regalaron á la reina Cristina, la docta hija del rey Gustavo Adolfo que residía á la sazón en su capital de Estokolmo.

Ulfila que no sabía más idiomas que el gótico, el griego y el latín y por tanto ignoraba el hebreo, tradujo el Antiguo Testamento de la versión griega llamada de los Setenta, y